

VERSIÓN TEMÁTICA



**LA CULTURA COMO CAMPO DE BATALLA
FÚTBOL Y VIOLENCIA EN LA ARGENTINA**

Pablo Alabarces, José Garriga Zucal, María Verónica Moreira

La cultura como campo de batalla. Fútbol y violencia en la Argentina

*Pablo Alabarces*¹

*José Garriga Zucal*²

*María Verónica Moreira*³

La violencia relacionada con el deporte es un fenómeno de vieja data en América Latina, pero ha sido muy poco estudiado fuera de la cobertura periodística; incluso esa cobertura debe ser objeto de análisis en tanto recae en todos los lugares comunes de la estigmatización y el etnocentrismo. Por el contrario, utilizando información etnográfica y análisis de coberturas periodísticas, este trabajo propone comprender los significados que tienen para los miembros de una *hinchada* de fútbol las prácticas violentas; y en tal camino, entender esos significados como parte de una lucha por los sentidos culturales de la violencia y la pertenencia social.

PALABRAS CLAVE: violencia, fútbol, hinchadas, legitimidad, aguante.

Violence related with sport is an old phenomenon in Latin America, but it has been hardly studied out of journalistic coverage; and those coverages must become object for the analysis, for it relapses in all the common places of stigmatization and ethnocentrism. This work proposes to understand, using ethnographic information and analysis of journalistic coverages, the meanings that violent practices have for the members of a football *hinchada* (fans); and in this way, to understand those meanings as part of a fight for cultural meanings of violence and social belonging.

KEYWORDS: violence, football, fans, legitimacy, aguante.

¹ UBA-CONICET [palabarces@gmail.com].

² CONICET-UNSAM [garrigajose@hotmail.com].

³ UBA-CONICET [mvmoreira@hotmail.com].

Introducción

DESDE HACE MUCHOS AÑOS hemos analizado temas vinculados a la violencia deportiva, tomando el fútbol como una arena propicia para ese análisis y afirmando que estudiar las características de este fenómeno nos permite comprender particularidades de nuestra sociedad. Hemos discutido, debatido y polemizado acerca de las concepciones de sentido común sobre la violencia, asociando esta práctica con acciones que están vinculadas con otros fenómenos sociales (Alabarces *et al.*, 2000; Alabarces, 2004; Alabarces *et al.*, 2005; Garriga, 2005; Moreira, 2005; Garriga, 2009 y 2011).

En ese trayecto hemos descripto y analizado largamente los sentidos de algunas de las tantas dimensiones fácticas de la violencia en el fútbol. A pesar del exhaustivo trabajo en este tópico, seguimos encontrando escollos conceptuales y empíricos. El primero tiene que ver con la definición de violencia. La violencia, de por sí, es un concepto complejo y huidizo que parece tener tantas definiciones como actores. La mayor parte de los investigadores (cfr. Isla y Míguez, 2003) no arriesgan una definición universal de lo que es entendido como violencia sino que la buscan en los parámetros de enunciación de cada sociedad, en un tiempo determinado. Lo que se define como violencia es parte de un debate que atañe a cada cultura, donde las partes que discuten los sentidos de la misma no sólo tienen posiciones asimétricas de poder sino que presentan posturas contradictorias, inconclusas y confusas. Nuestra propuesta es entonces comprender la participación de los hinchas en el fútbol desde una perspectiva no apriorística de la violencia. Así, no se encontrará en este texto una definición. Sin embargo, cuando analizamos las prácticas de los hinchas nos referimos a las que hacen uso de la fuerza física con el objetivo de dañar a un tercero. Asimismo, afirmamos que a la violencia física le corresponde una dimensión simbólica polisémica.

El segundo problema, de orden empírico, radica en la definición nativa de la práctica. La violencia no es un término nativo de los miembros de una *hinchada* de fútbol.⁴ Los hinchas califican a sus prácticas como “combates” o peleas; nunca mencionan que participaron de “hechos violentos” ni, menos aún, que son “actores violentos”; afirman ser sujetos con *aguante*. Sin embargo, los actores saben que de esta forma son catalogadas sus prácticas. Es así que “los violentos”, identificados

⁴En cursiva se destacan los términos nativos y las expresiones de los actores sociales involucrados. Una vez presentados los términos de los actores, éstos se escriben sin cursiva. La hinchada es el nombre nativo que se usa para identificar a un pequeño grupo de simpatizantes. Dicho sector es clasificado comúnmente por la prensa y el sentido común como “barra brava”. Preferimos no usar esta expresión por su explícita negatividad. Por ello, empleamos los términos nativos con los que sus miembros se identifican: la *hinchada*, la *banda* o los *pibes*. Asimismo, usamos la palabra *hinchas* para referirnos a los integrantes de estos grupos organizados, diferenciándolos del resto de los espectadores que circulan por el ambiente del fútbol. Esta distinción es propuesta por los mismos protagonistas que buscan ser definidos como distintos al resto de los espectadores. Los datos etnográficos que sustentan el argumento fueron construidos a partir del trabajo de campo realizado durante varios años con hinchadas de clubes que participan de los torneos organizados por la Asociación de Fútbol Argentino (AFA).

especialmente de esa manera por la prensa deportiva, conocen la representación estigmatizada que sobre ellos recae y en muchos casos juegan a dar valor positivo a prácticas que para el resto de la sociedad, presuntamente, tienen aspectos negativos. Las acciones violentas son marcas distintivas externa e internamente: mientras que para unos es señal de irracionalidad y salvajismo, desde una concepción interna son signos de pertenencia grupal que están vinculados al honor y al prestigio.

Este trabajo propone comprender los significados que tienen para los miembros de una hinchada las prácticas violentas en el fútbol y, en ese camino, comprender esos significados como parte de una lucha por los sentidos culturales de la violencia y la pertenencia social. Las hinchadas son grupos de espectadores jerárquicamente organizados reunidos en torno a un club de fútbol. En esa organización, un reducido número de personas forman un grupo, pequeño y exclusivo, que se distingue del resto de los aficionados.

Alabarces (2004) indica que en las tribunas del fútbol argentino podemos encontrar tres actores sociales: la hinchada, los hinchas militantes⁵ y los espectadores. Con límites definidos sólo analíticamente, las hinchadas estarían formadas por militantes definidos por su pertenencia puramente pasional, encargados de los cánticos y las banderas. Dos particularidades los distinguen de los hinchas militantes: la participación en enfrentamientos físicos y la intervención en la vida política de los clubes. Por su parte, los hinchas militantes afirman que su vínculo con el club es puramente afectivo. Asimismo, se representan como los que “no lucran” con el club, los que están alejados de toda relación espuria, concibiendo de ese modo la política institucional y las relaciones económicas. Son los seguidores incondicionales que aportan su fanatismo en las tribunas. Los hinchas militantes son los que afirman que a los miembros de la hinchada “sólo les importa la plata”⁶ y que no tienen un sentimiento real, como sí poseen ellos, hacia el club y los colores. Por último, están los espectadores que asisten a los encuentros futbolísticos de forma esporádica, sin establecer un vínculo afectivo estable.

La hinchada se distingue del resto de sus compañeros de tribuna por la participación activa en los enfrentamientos físicos; es un grupo organizado, identificado y definido –por propios y ajenos– con las riñas que acontecen en el ámbito del fútbol.

⁵ El concepto fue presentado por primera vez en los trabajos sobre simpatizantes de fútbol en Argentina por Eduardo Archetti (1985).

⁶ En el ámbito del fútbol existe un rechazo al componente económico. El argumento de la fidelidad al club se sustenta en la emoción, en la pasión como único fin; como fin desinteresado. Desde esta óptica, el amor por la camiseta no puede ser yuxtapuesto con la búsqueda de un fin material.

Violencia(s) en el fútbol

La violencia en el fútbol es un fenómeno sumamente complejo de analizar. Son muchos actores sociales los que conviven en este contexto y protagonizan hechos violentos. La hinchada es uno de estos actores pero no el único. La policía, los dirigentes, los jugadores y otros espectadores son actores vinculados, cotidiana u ocasionalmente, a sucesos violentos.

Estamos ante un escenario con una multitud de prácticas que podrían ser definidas como violentas. Cada una de estas prácticas está sustentada en diferentes lógicas; que a su vez son confundidas, muchas veces, como irracionalidad. Esta confusión, inocente o malintencionada, es uno de los pilares que sustenta la imagen de la violencia como barbarie, como un “sin sentido”. Pero toda acción social, incluso las prácticas violentas, tiene para sus actores significados determinados; desconocer estos sentidos hace que se confunda un fenómeno social con el salvajismo o la locura.

Cuando los hechos violentos en el fútbol ganan páginas en los medios de prensa se menciona la aparición de “los inadaptados de siempre”, “la vuelta de la violencia” (que nunca se fue), “la aparición mafiosa” de los que “lucran con la pasión de la gente”, los que “no entienden la fiesta de todos”, “las bestias”, “los irracionales”, etc. Del mismo modo, los funcionarios públicos, aquellos que deberían proyectar planes concretos para la prevención de estos fenómenos, entienden las prácticas violentas como el caso excepcional producido por un pequeño grupo de “locos”. Los medios periodísticos reducen la investigación al estudio de un “caso” relevante que toma estado público; el tratamiento no excede los días en que el caso en cuestión se mantiene en primera plana, para dar por finalizado el análisis cuando desaparece el tema como noticia (Alabarces *et al.*, 2000). Además, se privilegia lo narrativo y los datos de color (Coelho *et al.*, 1998). Como resultado de este enfoque, los espectadores que realizan hechos violentos son presentados fuera de la normalidad social, individualizados como inadaptados. Son observados, y construidos como sujetos animalizados: “bestias”, “salvajes”, “animales”, “monstruos”. De esta manera, los practicantes de acciones violentas son concebidos como irracionales.

Además, como resultado de la operación anterior se produce un desplazamiento común: reducir la mirada sólo sobre las denominadas “barras bravas”. Para estas perspectivas superficiales los únicos que llevan a cabo acciones violentas en el fútbol son los grupos organizados de hinchas. Esta reducción del fenómeno tiene muchas implicancias. Por un lado, soslaya las acciones de otros sujetos sociales reduciendo el fenómeno violento y escamoteando su complejidad. La violencia en el fútbol no es, ante esos ojos, un enmarañado de actores y prácticas sino la sinrazón de unos pocos desequilibrados que “quieren arruinar la fiesta de todos”. Por otro lado, el foco sobre las “barras bravas” construye un “otro” violento y anómalo, ante una multitud de espectadores correctamente adaptados. De esta manera, las “barras” ya no son sujetos sociales que cometen acciones violentas sino que se transforman de una vez y para siempre en “los violentos”.

Gastón Gil (2004) señala que existe un “consenso general” que presenta a “los violentos” – las barras bravas– como unos pocos individuos que son identificados y repudiados por todos. Presentados como amorales e irracionales, se los señala como lo que hay que “erradicar” para que el fútbol sea la fiesta –pacífica y armónica– que era antes de su aparición. Esta imagen simplificada del fenómeno, dice Gil, esconde que la violencia es constitutiva e integral del ambiente del fútbol. Disimula otras violencias al señalar responsables. Nuevamente, la identificación con la anomalía impide ahondar en las causas del fenómeno violento.

Es necesario, entonces, hablar de violencias en el fútbol y no de violencia. Retomamos, así, la iniciativa de Isla y Míguez (2003), quienes en su análisis de la violencia social creen conveniente incorporar el plural al término violencia con el objeto de dar cuenta de la diversidad de acciones. El plural informa sobre la multiplicidad de prácticas y representaciones; pero aun en ese plural, los únicos actores sociales que hacen de la violencia un valor positivo, y señal distintiva, son las hinchadas.

Es necesario, además, descomponer la tesis de irracionalidad que prima sobre la violencia. La violencia no es la acción irracional de sujetos mentalmente insanos, son prácticas que tienen sentidos socialmente contruidos. Eric Dunning (1994) apuntó que las acciones de los *hooligans* derivaban de la pobreza y las limitadas oportunidades culturales de los sectores más bajos de la clase trabajadora. El autor afirmaba que “una característica cultural dominante en las comunidades de la baja clase trabajadora sería este mecanismo de retroalimentación positiva que produce y reproduce masculinidad agresiva y bandas violentas” (1994: 103). La violencia era explicada por la composición social del público. Esta visión sumamente etnocéntrica reducía el fenómeno de la violencia a las clases trabajadoras y, además, desde un enfoque sumamente prejuicioso, olvidaba buscar las lógicas de la violencia. Lógicas que, desde esta perspectiva, no existían, ejemplificando la sinrazón de aquellos que no habían sido incluidos en el proceso de civilización.

Como sería señalado años después en las perspectivas críticas, especialmente de Armstrong (1999) y Giulianotti (1993, 1994 y 1999), las hipótesis de Dunning eran funcionales a las políticas tatcheristas, que además financiaron generosamente sus estudios (tanto a través de órganos científicos como del *Football Trust*, una agencia gubernamental creada en 1980).

Las críticas de Armstrong y Giulianotti sobre las interpretaciones de la escuela de Leicester no fueron sólo ideológicas, también fueron metodológicas y empíricas. Ambos desarrollaron largas investigaciones etnográficas sobre los hooligans, lo que les permitió criticar cierta mala información del trabajo de Dunning. Al centrarse sobre información policial y de prensa, Dunning terminaba compartiendo el estereotipo de sus fuentes. Obviamente, la policía inglesa sólo detenía jóvenes rudos de clase obrera. Las etnografías revelaban que la composición social de los hooligans británicos (Giulianotti trabajaba con los escoceses) era mucho más diversa, lo que llevó a Armstrong y Giulianotti a sostener la hipótesis de una violencia socialmente significativa, con

sentidos complejos. Así, para Giulianotti la violencia –o su ausencia– podía significar distinción: los simpatizantes escoceses eran profusamente violentos en su medio local pero orgullosamente pacíficos en sus viajes al exterior, como una forma de distinguirse de los fanáticos ingleses.⁷

Ese debate fue en el caso argentino retomado por Archetti, indiscutido precursor, quien hace ya muchos años dio cuenta de que la violencia en el fútbol no era un fenómeno aislado y puramente autónomo sino que estaba imbricado con otros fenómenos sociales, constituyendo el análisis en sistemas más amplios e instaurando las líneas de trabajo centrales en nuestra academia. Los debates en torno de la escuela de Leicester y los avances precursores de Archetti (1992 y 1995) también señalaron con claridad que la violencia en el fútbol tiene varios actores y que los sentidos de sus prácticas remiten a otros tantos factores sociales.

Tiempo atrás, Archetti (1985) sostuvo que los espectadores en el fútbol jugaban un juego distinto al deportivo y que en sus canciones, saltos y luchas se dirimían señales identitarias:

En la Argentina no sólo los jugadores son los que están en actividad tratando de probar quiénes son los mejores, los más inteligentes, los más hábiles y los más oportunistas. Esto se reproduce a nivel de las hinchadas: los hinchas ponen en juego no sólo el prestigio del club sino partes de su identidad posicional [Archetti, 1985: 9].

Estos “juegos” poco tienen que ver con el espectáculo futbolístico. Alabarces, analizando cómo el escenario del fútbol es en la actualidad un espacio privilegiado para la construcción de identidades, sostiene que

[...] la cultura futbolística argentina se soporta en discursos parciales y segmentados, tribalizados y mutuamente excluyentes, donde la totalidad de algún relato unificador está ausente. Esa unificación solo es posible en el plano sentimental: la pasión por el fútbol. Pero esa pasión, que organizaría un campo común, se despliega como argumento de lo inverso: la pasión lleva a *dar la vida por la camiseta...* de ser posible, la vida del otro [Alabarces, 2002: 199].

Es en la violencia donde pueden encontrarse vestigios de la identidad, por eso Alabarces plantea:

[Es] una socialidad basada en el contacto, en una corporalidad exacerbada –de donde se deriva el peso cada vez mayor de la experiencia compartida de violencia física como factor de la articulación de la identidad de los grupos militantes de hinchas, lo que la *cultura nativa* denomina como el *aguante* [Alabarces, 2002: 199].

⁷ Según Finn y Giulianotti (1998), el lema de estos era “*not english hooligans, scottish fans*”.

El *aguante* es el concepto nativo sobre el que se construyen estas identificaciones. La hinchada, a diferencia de los otros actores que tienen prácticas violentas en el fútbol, hace de estas acciones un valor positivo, un arma de distinción. Ésta es la forma nativa que tienen los hinchas de definir prácticas y representaciones que los investigadores sociales concebimos como violentas.

Aguantes

Etimológicamente, “aguantar” remite a ser soporte, a apoyar, a ser solidario. En la cultura del fútbol la categoría se carga de múltiples significados que conducen a la puesta en acción del cuerpo. Se puede “poner el cuerpo” de muchas maneras: alentando incesantemente al equipo, yendo a la cancha de local y visitante, soportando las incomodidades de los estadios y los viajes, resistiendo la lluvia, el calor, el frío. Este tipo de aguante es el que reclaman para sí los hinchas militantes. Un aguante que se confirma día a día en los sacrificios que realizan en nombre del club cuando tienen que recorrer extensas distancias geográficas para “alentar al equipo aunque no se juegue nada” y “sea un partido en la Antártida”; cuando alientan al equipo más allá de los resultados porque el hincha con aguante es el que sigue y apoya al equipo sin importar si éste gana, pierde o empatiza; cuando postergan y abandonan compromisos personales y soportan en la tribuna las inclemencias del clima. Parece que existe una regla para el hincha militante: “el aguante” es mayor ante la mayor dificultad atravesada por él y el equipo. Decenas de cánticos ponen de manifiesto estos aspectos de un aguante basado en la fidelidad y el fervor: “te vamos a seguir, a donde quieras ir”, “ganes o pierdas te sigo igual, un sentimiento inexplicable, que se lleva adentro, no puedo parar”, “muchas veces nos bancamos [soportamos] la lluvia, los palos de la *yuta*⁸ y todo eso por vos”.

El sentido dominante del aguante para los miembros de la hinchada es el de la violencia física. El aguante articula el universo de la práctica y la moralidad;⁹ es una categoría práctico-moral en tanto define en el mundo de las acciones –en este caso el de los enfrentamientos violentos– un universo de lo permitido y lo prohibido, lo aceptado y lo inaceptable. La posibilidad del aguante de edificar un sistema de valores, un marco de percepción del mundo –un sistema moral, restringido al contexto del fútbol– está sustentada en las prácticas de lucha, en los enfrentamientos corporales. En suma, la identidad construida en el aguante está solidificada en las experiencias físicas; es una identidad práctica que organiza un discurso de la distinción, una moral distinta y distintiva.

Según los protagonistas, “aguantártela es no correr cuando se arman los combates, pararte...”. En este contexto, “pararse”, “plantarse”, “no correr” son formas nativas de referirse a la actitud loable del luchador que afronta el peligro cuando se “pudre”, cuando las hinchadas enemigas

⁸ “Yuta” es un término extendido en el lenguaje popular, proveniente del lunfardo, que denomina a la policía.

⁹ Debemos mencionar que dicho término no es de uso exclusivo del ambiente del fútbol y que aparece en otros ambientes –la vida roquera, sindical, política, etcétera– con distintas acepciones.

se encuentran, generalmente fuera de los estadios, en las calles, estaciones de tren y autopistas. Cuando se pudre, los protagonistas se paran o “plantan” para dar rienda suelta a la contienda corporal contra los adversarios. Esto implica exhibir el saber de las técnicas corporales de lucha (golpes, patadas, cabezazos, piñas) y manejar complementaria y exitosamente los instrumentos de la contienda (piedras, botellas rotas, pedazos de manera, cuchillos y armas de fuego).

Ahora bien, los hinchas dicen: “Muchos saben pelear pero aguantársela es distinto”. Este comentario expresa que el aguante se define no sólo en el despliegue de las habilidades y las técnicas corporales de lucha sino también en la capacidad de soportar el dolor sentido por los golpes y los daños producidos en el cuerpo. En los combates, los hinchas buscan acertar los golpes y producir heridas en los cuerpos de los contrincantes; los luchadores tienen que saber dar pero también saber recibir y resistir.

La tolerancia al dolor hace de los sujetos valerosos luchadores que no se amedrentan ante situaciones dispares en cuanto al número y a la fuerza de los contrincantes. “Aguantar es pararse siempre, en desventaja, quedarse y poner el pecho”. Es decir, “poner el cuerpo”, independientemente del resultado de la lucha (tener más o menos muertos y/o heridos, de haber perdido o adquirido “trapos” –banderas– de los otros, identificados como “trofeos de guerra”). Si los resultados arrojaron un saldo desfavorable, los hinchas que “pusieron el pecho”, que afrontaron la lucha con coraje, confirman la posesión de la virtud que los distingue. Ignoran el desenlace de los combates y más allá de los riesgos se paran para pelear. Aquí también se forma una regla análoga a la de los hinchas militantes: mayor es el aguante ante la mayor dificultad enfrentada en las peleas, sea por el número o la fuerza de los oponentes.

Por otra parte, para los hinchas “tener aguante es mostrarle al otro que tenés huevo”, es mostrarle que “sos macho, que te la bancás”. *Macho* es el que demuestra bravura y valentía en un combate, el que se “la aguanta”. Por el contrario, el que huye del campo de batalla rechazando el encuentro cuerpo a cuerpo, el que teme el “mano a mano”, el que no tiene aguante es definido como *puto*. El hombre se caracteriza por tener ciertos atributos: “huevos” –es decir, definiendo el coraje por la genitalidad masculina–, fuerza física, valentía, coraje. Los *putos*, los no machos, se caracterizan por la carencia de estas cualidades (Archetti, 1985 y 2003). Comúnmente en Argentina se designa como *puto* al homosexual. *Puto* es un insulto que señala, en forma despectiva y denigrante, las formas válidas o inválidas de relacionarse sexualmente según buena parte de la sociedad argentina.¹⁰ Igualmente, las

¹⁰ Marvin Harris (1986) manifestó que las prácticas homosexuales son válidas y corrientes en otras sociedades. Los hombres de la antigua Grecia tenían relaciones homosexuales pero no por eso eran considerados afeminados, por el contrario se pensaba que era algo viril. Existía, igual que entre los azande, una “homosexualidad suplementaria”. La homosexualidad azande era una forma de relación jerárquica entre hombres adultos y jóvenes (eran muchachos-esposas) donde el adulto satisfacía sus necesidades sexuales al mismo tiempo que enseñaba técnicas militares. En algún momento los adultos se harían de los recursos para “comprar una novia” y abandonarían al joven varón por una mujer con la que tendrían muchos hijos. Entonces, los jóvenes tomarían su lugar, tomando a otro joven como aprendiz y compañero sexual. Harris (1986) menciona que, así como los antiguos griegos y los azande, son muchas las

concepciones de los hinchas son mucho más complejas. Señalar como *puto* al que no tiene aguante no remite a su sexualidad sino a su comportamiento social según los parámetros grupales. Ser *puto* no está relacionado directamente con la homosexualidad sino con el poder, con la dominación. Los hinchas expresan esta distinción, entre acto homosexual y gesto de poder, en dos planos distintos, en las prácticas y en los discursos. En torno a las prácticas, dicen que los rivales denominados *putos*, al ser derrotados, no son homosexuales sino que no saben aguantar. En el plano de los discursos, en los cánticos y relatos, la masculinidad está asociada a lo activo, y lo femenino a lo pasivo. Activo y pasivo refiere a los roles sexuales.

Un verdadero hombre, un macho, según la concepción nativa, es quien “le rompe el culo al rival”. Por eso los hinchas cantan: “le vamos a romper el culo” o “chupanos bien la pija [típico nombre vulgar del pene en la Argentina]”. *Puto*, entonces, es aquel que es poseído o dominado en esta relación. Badinter (1994) indica que ser hombre pasa por no ser femenino, no ser homosexual, no ser sumiso. Para los hinchas ser hombre, un macho, tiene los mismos sentidos. Aun más, puede ser homosexual pero en la relación debe tener el papel activo, ser el dominador. Para Badinter “la identidad masculina se asocia al hecho de poseer, tomar, penetrar, dominar y afirmarse si es necesario por la fuerza. La identidad femenina, al hecho de ser poseída, dócil, pasiva, sumisa” (Badinter, 1994: 165).

Como afirma Segato (2003), en la actualidad en nuestra sociedad existe una matriz cultural que subordina a lo femenino; en este espacio subordinado se encuentran los putos, exponentes masculinos de los atributos femeninos o de la carencia de los masculinos.

La diferenciación entre machos y *putos* pone en juego prácticas y discursos que buscan la distinción. Al mismo tiempo, pone en escena el lenguaje de la subordinación. El macho es así porque puede en un enfrentamiento robar los atributos masculinos a sus rivales; el dominio se expresa en una retórica de lucha corporal. Esta retórica envía un mensaje más allá del universo masculino: si puede dominar a los hombres, también puede hacerlo con las mujeres. La dimensión simbólica de la violencia estructura la subordinación de todos los otros, organizando una estructura jerárquica simbólica (Segato, 2003).

Distinciones

El aguante es una forma típica de honor, ya que valora comportamientos y propiedades determinadas como honorables y desestima las deshonrosas. En cada sociedad, en cada momento dado, el honor

sociedades que tienen prácticas homosexuales y que éstas son legítimas. En la sociedad occidental existe una aversión a la homosexualidad, pero como veremos mucha de esta aversión no tiene que ver con la relación sino con los roles que cada uno toma en la relación.

toma aspectos distintos en relación con las formas de vida y el sistema intelectual de cada cultura, que permite expresar la aprobación y la desaprobación de conductas y formas de pensar (Pitt-Rivers, 1980). Las hinchadas (re)conocen y valoran positivamente como hinchas honorables a los que saben defender los colores del club “poniendo el pecho” en los combates. Para los integrantes de la hinchada el aguante es el más importante de los bienes simbólicos que conforman su identidad. Éste sólo puede ser adquirido a partir de la acción violenta, y no existe otra forma de probar su posesión (Alabarces, 2004). Observamos que existen prácticas que están prohibidas o parecen ambiguas, pero siempre es la acción violenta la que define la posesión de este bien simbólico. La fidelidad y el fervor son dos importantes atributos que los hinchas disputan en el duelo frente a los hinchas rivales, pero esto no garantiza la posesión del aguante para los miembros de la hinchada.

Los hinchas militantes defienden otras prácticas de valor y reconocimiento. Desde su perspectiva, los simpatizantes que asisten incondicionalmente a los partidos del equipo y alientan sin importar los resultados ni el presente futbolístico del club son honorables poseedores del *capital aguante*. Claramente, para los hinchas militantes la violencia no pertenece a la dimensión del aguante, el que sólo transita por las sendas de la fidelidad y el fervor.

Los combates funcionan como instancias de apreciación y evaluación de los hinchas, que tratan de cumplir con las expectativas colectivas. El acercamiento o alejamiento de los comportamientos respecto a un valor social establecido como lo correcto conduce a un tratamiento específico: prestigio del reconocido y humillación del excluido. En este contexto, las peleas afirman los valores que fundamentan la existencia misma del grupo y aseguran su conservación. “Plantarse”, “agarrarse a piñas [tomarse a golpes]”, “ir al frente”, “pararse de manos” son acciones que resaltan los aspectos positivos de los luchadores que confirman su permanencia en el grupo. La exposición del aguante les permite a los hinchas confirmar su permanencia dentro de la hinchada y consolidarse como verdaderos hombres (Garriga, 2005) y como hombres con honor (Moreira, 2005). La tendencia a la lucha y la participación voluntaria de los luchadores permite marcar la distinción entre los hinchas que pertenecen a la hinchada y los hinchas militantes del mismo equipo, que se alejan de este tipo de conflicto.

El espacio social que ocupan y construyen los hinchas militantes no es el mismo que el de la hinchada. La violencia como elemento diferenciador ubica a unos actores trasgrediendo los límites de la legalidad. Los hinchas militantes, mientras tanto, no cruzan los mismos límites. Puede suceder que participen aisladamente en algunos enfrentamientos, pero no hacen de la violencia su señal distintiva, ni mucho menos hacen pública la valoración positiva para con ésta, como lo hacen rotundamente los miembros de las hinchadas. Algunos dicen:

Si yo ando con ellos, me la voy a tener que aguantar, si anduviera en esa no me importa,

nosotros estuvimos un montón de veces cuando había tiros [disparos de armas de fuego]. Lo que pasa que yo quiero ir y ver el partido. Pero no ir y arriesgarme, vivir arriesgándome.

La persona que encarna exitosamente los ideales de la hinchada se hace acreedora de una recompensa moral que se traduce en términos de prestigio, fama, reputación u honor. Los depositarios y garantes del sistema de valores y los que mejor interpretan el rol de hombres con aguante son los líderes del grupo. Los jefes han acumulado prestigio como buenos luchadores gracias a los enfrentamientos pasados, han demostrado regularmente que saben y se atreven valientemente a pelear.¹¹

La tendencia al agonismo –entendido simplemente como enfrentamiento, sin que implique una referencia a la célebre categoría de Caillois– y la participación voluntaria y consciente de los hinchas en los combates marca una distinción entre los sectores de espectadores que piensan y actúan el aguante de maneras diferentes. Así, en el campo de las hinchadas (Bourdieu, 1991 y 1997) coexisten fuerzas antagónicas (las hinchadas de fútbol opuestas entre sí) relacionadas por un fuerte principio de enemistad, y fuerzas unidas por un sentimiento común (la hinchada y los hinchas militantes) que se distinguen por la forma de vivir y pensar el aguante. En este contexto, la relación que establecen las hinchadas rivales denota un claro distanciamiento y oposición social. Éstas se perciben no sólo como bandos separados y diferentes sino también como bandos opuestos y hostiles. La disputa contra la hinchada rival se transforma en algo más que una competencia, gestual, visual, corporal, dada desde las tribunas, toma la forma de un juego agonístico que tiende a la supresión y sumisión de los otros a través de la violencia física.

La violencia como campo de batalla

Como decíamos, para las hinchadas el aguante no es otra cosa que la posesión de ciertos “saberes” de lucha callejera y de resistencia al dolor. Para integrar una hinchada hay que saber pelear y también soportar los dolores de una golpiza. El límite entre ser y no ser parte del grupo se establece a partir de la participación en los hechos de violencia.

Como resultado de este ejercicio de lucha emerge una forma especial de identificación que organiza una forma específica de ser y de estar en el mundo; una identidad como miembro de la “hinchada” que ubica a estos sujetos en un determinado espacio del mapa social.

Las prácticas de los hinchas son reprimidas por la policía, juzgadas en los tribunales y condenadas por la opinión pública. El aguante es estigmatizado y condenado. Sin embargo, los miembros de la

¹¹ En otros trabajos estudiamos cómo se construye el poder de los líderes de la hinchada a partir de la ejecución del rol de distribuidores de bienes y buenos luchadores. Ver especialmente Alabarces *et al.*, 2005.

hinchada obstinadamente siguen apostando a esos diacríticos para distinguirse e identificarse. La señal que ubica a sus prácticas dentro de los límites de las acciones no válidas, aquella que reviste de ilegitimidad sus acciones, tiene para los hinchas otro significado, es una marca honrosa de su inclusión grupal. Pelearse es un signo de prestigio.

Su obstinación no es el resultado del desconocimiento de la condena social. Por el contrario, conocen los valores que la sociedad otorga a sus habilidades distintivas, saben que son designados como “violentos”, “bárbaros” y “salvajes” pero modifican la valoración negativa que la sociedad asigna a sus prácticas convirtiéndolas en acciones que los nutren de honor y prestigio.

Los hinchas dialogan con las definiciones que la sociedad asigna a sus prácticas y a su grupo. Ellos preferirían ser observados y definidos como aguantadores y miembros de la hinchada y no como “barras violentos”. Este señalamiento como “violentos” puede producir de parte de los hinchas cuestionamientos y enojos. La mayor parte de las veces estas controversias surgen en relación con la acción violenta de otros grupos sociales. En estos casos se establece una comparación entre las acciones y un debate sobre la rotulación que sobre ellos recae. Por ejemplo, en una oportunidad, un integrante de la hinchada de un club de la primera división de fútbol conversaba sobre el atentado terrorista que destruyó la AMIA¹² en Buenos Aires. El relato sumamente acongojado finalizó con palabras claras y concisas: “después nos dicen violentos a nosotros”.

Pero el poder de la definición hegemónica es verdaderamente efectivo. Los hinchas aceptan que son “barras bravas” y “violentos”. “Es lo que somos”, indicaba con una mueca sarcástica un hincha. “Son las reglas del juego”, repetía una y otra vez, argumentando que de no ser así el resto de los grupos se aprovecharía de su debilidad. La eficacia de la definición foránea los ubicaba en una posición desvalorizada respecto al resto de la sociedad.

Al reconocer el valor negativo del aguante y saberse acosados por la policía, estos hinchas buscan el momento justo para hacer públicas, para hacer visibles, las señales que los identifican. Son marcas distintivas que deben aprovechar la ocasión para emerger y, así, ser efectivas. No pueden manifestarse todo el tiempo. Los integrantes de la hinchada saben cuándo y dónde mostrar su aguante. Utilizan estratégicamente los momentos para marcarse y desmarcarse.

El aguante se define también por reconocer cuándo, cómo, contra quién y dónde testificar sus capacidades. Es decir, es un conjunto de saberes que debe ser explotado en situaciones determinadas y en ciertos contextos estipulados. Los integrantes de las hinchadas saben que el aguante es legítimo en un campo y que en otros es ilegítimo y desprestigiado, reconocen lugares y situaciones donde exteriorizarlo y donde ocultarlo. Esta forma de ser que los identifica puede ser una carta ganadora en algunas situaciones

¹² En 1994 una bomba estalló en la Asociación Mutual Israelita Argentina (AMIA) en la ciudad de Buenos Aires, provocando numerosos muertos y heridos.

pero en otras puede ser un camino seguro al fracaso (al desprestigio o a la cárcel). Las mismas formas que pueden salvarlos de una paliza en la cárcel entre los compañeros de pabellón, pueden asegurarles una golpiza por los policías. Entonces, conociendo los códigos, deciden dónde y cuándo mostrarlo.

Mostrarse practicantes de acciones violentas es jugar el mejor partido con las cartas que disponen, ya que, buscando los momentos adecuados para hacer visibles las señales de su manera de ser en el mundo, conforman una identidad.

Sin embargo, los elementos que los identifican son acciones que el resto de la sociedad y, hasta ellos mismos, consideran como violentas. Rifiotis indica:

[...] a violência poderia também ser pensada nos aspectos que fazem dela um elemento instaurador de identidades locais (étnicas, culturais, etc.) e da construção de subjetividades através dos processos de socialização [Rifiotis, 1997: 14].

La violencia, a pesar de su bagaje negativo y estigmatizado—o tal vez por esto mismo—, se constituye como un lugar propicio donde construir identidad. Dos son las ganancias de la identificación violenta. Y ambas son el resultado final de la construcción de sujetos aguantadores. Por un lado, genera fuertes sentimientos de pertenencia, permitiendo a los identificados *ser alguien o ser parte*. Se crea un “nosotros” estable y sólido en función del rechazo que tienen sus prácticas distintivas. Por otro lado, y como resultado de estos mecanismos de identificación, la “elección” de acciones espectacularizadas y confrontadas con la “normalidad”, que funcionan como diacríticos, permite adquirir una relevancia no posible para otras identificaciones. Establece rápidamente “otredades” y un “nosotros” que, más allá de la condena, funcionan como espacios significativos donde exhibir características que definen su identidad. Los significados de pertenencia e identidad son construidos con mayor eficacia cuando se es reconocido, sin importar la conceptualización negativa.

Entonces, el aguante es una manifestación del honor grupal. Las hinchadas definen positivamente la posesión del aguante; fuera de esos límites hay una percepción negativa de esas prácticas que son consideradas como violentas. A pesar de ser deslegitimadas sus prácticas por las políticas del poder, siguen siendo válidas para el grupo. Esta aparente contradicción no nos puede impedir analizar la construcción de legitimidad para los hinchas, sólo a partir de lo que es ilegítimo para el resto del cuerpo social.

Las prácticas de lucha física son comunes en los contextos de socialización de los integrantes de la hinchada. En la vida cotidiana muchos conflictos se dirimen de esta forma, *a los golpes, a las piñas, parándose de manos*, como dicen los hinchas. Los enfrentamientos, las peleas a golpes de puños, son cotidianos y naturalizados. Estas acciones no son concebidas como raras ni extrañas, no pertenecen al tiempo de lo extraordinario.

A pesar de la mirada condenatoria y de la persecución judicial, los hinchas procuran dar sentidos

a sus prácticas demostrando que son formas socialmente válidas y no el producto de desviaciones patológicas. Existe un espacio del mapa social donde los actores conciben a la violencia no como gesto del sin sentido sino, por el contrario, como un valor positivo, colmado de prestigio y honra. Ahora bien, fuera de esos límites están los actores que otorgan a la violencia valores negativos y no compiten por este bien simbólico, por el honor guerrero. Aquí apreciamos cómo dos códigos culturales están en pugna.

Conclusión: violencia, inequidad y legitimidad

En el fútbol, una presunta “cultura de la violencia” o, con más precisión, “la lógica del aguante”¹³ se reproduce y se acrecienta en función del prestigio y respeto que ganan sus participantes a través de estas acciones. Los valores positivos son inseparables de las relaciones sociales que ellos pueden establecer. Entonces, la pregunta es por qué el prestigio y el respeto están asociados a la acción violenta en estas comunidades de hinchas.

No podemos dejar de pensar que la aparición de estas pautas culturales tiene una relación con las nuevas condiciones estructurales económicas de nuestras sociedades, tales como la pobreza, la marginación, la indigencia, la inestabilidad laboral, la precariedad, etc. Consideramos que existe una relación entre estos modelos culturales y condiciones estructurales pero sugerimos que esta relación no es directa. Kessler (2002), analizando la relación entre condiciones sociales más amplias y las nuevas formas de delito de los jóvenes, dice que no sólo tiene que ver con la crisis del trabajo, especialmente su inestabilidad y la desigualdad en la distribución del producto bruto, sino que la aparición de estas nuevas modalidades es producto de un fenómeno multicausal. Las privaciones económicas se conjugan con factores locales que producen el aumento de tales fenómenos.

Dos puntos surgen aquí. Primero, las hinchadas están constituidas principalmente por miembros de los sectores más relegados de la sociedad, pero también hay actores de los estratos medios. La “lógica del aguante” no es específica de los sectores populares: ni todos los que participan de la hinchada son pobres y desempleados ni todos aquellos “olvidados” por el sistema que visitan los estadios se suman a la hinchada. De esta forma, a través de los datos de campo evitamos aumentar la “sospecha” que siempre recae sobre las clases populares como las violentas, producto de una “natural” ausencia de civilización –como sostenía Dunning, cfr. supra–. Segundo, se aprecia un escenario complejo donde no existe una relación directa entre pautas culturales y variables económicas. Sin

¹³ En el ámbito periodístico argentino, nosotros mismos hemos contribuido a la difusión de la categoría “cultura del aguante”, como un modo –más o menos eficaz– de plantear la necesidad de entender los fenómenos de violencia como no excepcionales, como sujetos a lógicas comprensibles y previsibles, y en contra de la retórica de “los salvajes” y “los inadaptados”. Sin embargo, no se trata de una cultura *stricto sensu*, sino de una subcultura o, mejor aún, de una *lógica de las prácticas* (Bourdieu, 1991).

embargo, el abandono del Estado de sus mínimas obligaciones para con sus ciudadanos promueve el mantenimiento de una ideología guerrera, dado que los integrantes de las hinchadas pueden y deben subsistir y (re)producir su espacio en la sociedad de esta forma.

Como afirma Riches (1988) respecto a la relación entre estructura social y formas culturales de la violencia:

Obviamente, todas esas variables socioculturales son pertinentes en cierto grado en todas las sociedades, ya que pueden agravar o disminuir la probabilidad de que surja la violencia en una situación social concreta. Pero, en cualquier caso, la relación entre estructura social y la violencia es la de *influencia* y la de *oportunidad*. No se insinúa que la estructura social *force* a la violencia; existen siempre líneas alternativas de acción [Riches, 1988: 128].

En los intersticios de un Estado escuálido y debilitado, cuya crisis es ahondada por los graves problemas que aquejan al mundo del trabajo y a otras instituciones sociales, surge como oportunidad “la lógica del *aguante*”. Los integrantes de las hinchadas han legitimado sus valores, construyen una cultura que estima el coraje y la bravura en el enfrentamiento físico; positividad que atraviesa el pequeño círculo de sus adeptos y se convierte en herramienta de interacción con agentes sociales que están ubicados fuera de esos límites.

Pero además esa positividad se afirma cuando los hinchas comprueban que la presunta condena social –manifiesta, como dijimos, en las coberturas de prensa y en un discurso político hegemónico que recae en todas las posibilidades de la estigmatización– contrasta con una legitimidad comunitaria y territorial que se hace visible, incluso –y no contradictoriamente–, en la propia cultura de masas. Como hemos demostrado (Garriga, 2009 y 2011), los miembros de las hinchadas son considerados sujetos socialmente legítimos por sus comunidades territoriales, que los consideran defensores del honor y el orgullo de la misma a través de sus prácticas. Pero a la vez, aun entre las diatribas que la cultura de masas les dirige, en ciertas ocasiones privilegiadas se infiltra un sentido de legitimidad más complejo. Un buen ejemplo de ello pudo verse en la televisión argentina en julio de 2007. Un enfrentamiento entre hinchadas había provocado la muerte de un concurrente: inmediatamente se alzaron todas las voces para reclamar un condigno castigo, entre ellas las del animador Marcelo Tinelli, la estrella televisiva de más éxito en la Argentina. Sin embargo, dos semanas antes del suceso Tinelli había celebrado ante las cámaras el campeonato obtenido por el club porteño San Lorenzo, del cual es público aficionado. Para ello, invitó al estudio televisivo a la hinchada del equipo, conocida como “La Butteler” [por el nombre de una calle donde suelen reunirse]. En ese juego, de una condena estentórea que se superpone a una reivindicación acrítica, la violencia futbolística revela, en toda su plenitud, su condición compleja y contradictoria entre moralidades ya no sólo contrapuestas: como en este caso, perfectamente coexistentes en el mismo sujeto.

Estas coexistencias, complejidades, contradicciones y paradojas revelan, como en la mayor parte

de los fenómenos de violencia contemporánea, la necesidad de producir estudios concretos de casos específicos para poder así releer las nociones clásicas y producir nueva teoría. En el caso de la violencia en el fútbol, esa necesidad exige también la puesta en escena de investigación comparada, de la que nuestras ciencias sociales aún son deudoras.

Referencias

Alabarces, P. (2002), *Fútbol y patria. El fútbol y las narrativas de la nación en la Argentina*. Buenos Aires, Prometeo.

----- (2004), *Crónicas del aguante. Fútbol, violencia y política*. Buenos Aires, Capital Intelectual.

----- *et al.* (2000), “Aguante’ y represión: Fútbol, violencia y política en la Argentina” en Alabarces, P. (comp.), *Peligro de gol: estudios sobre deporte y sociedad en América Latina*. Buenos Aires, CLACSO-ASDI.

----- *et al.* (2005), *Hinchadas*, Buenos Aires, Prometeo.

Álvarez, S. (2004), *Leviatán y sus lobos. Violencia y poder en una comunidad de los Andes colombianos*. Buenos Aires, Antropofagia.

Archetti, E. (1985), “Fútbol y ethos” en *Monografías e informes de investigación*. Buenos Aires, FLACSO-Series de investigación.

----- (1992), “Calcio: un rituale di violenza?” en Lanfranchi, P. (ed.), *Il calcio e il suo pubblico*. Nápoles, Edizione Scientifiche Italiane.

----- (1995), “Estilo y virtudes masculinas en El Gráfico: la creación del imaginario del fútbol argentino” en *Desarrollo Económico*. Vol. 35, núm.139, Buenos Aires, Ides.

----- (2003), *Masculinidades. Fútbol, tango y polo en la Argentina*. Buenos Aires, Antropofagia.

Badinter, E. (1994), *XY la identidad masculina*. Barcelona, Norma.

Bourdieu, P. (1991), *El sentido práctico*. Madrid, Taurus.

----- (1997), *Razones Prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona, Anagrama.

Coelho, R. *et al.* (1998), “Aguante y represión: fútbol, violencia y política en la Argentina”. Ponencia dictada en el II Congreso de Comunicación Social, Paraná.

Dunning, E. (1994), “Reflexiones sociológicas sobre el deporte, la violencia y la civilización” en AA.VV. *Materiales de sociología del deporte*. Madrid, Genealogía del poder/23- Ediciones de la Piqueta.

Garriga, J. (2005), “Soy macho porque me la aguanto’. Etnografías de las prácticas violentas y la conformación de las identidades de género masculinas” en Alabarces, P. *et al.* (comp.), *Hinchadas*. Buenos Aires, Prometeo.

———— (2009), *Haciendo amigos a las piñas. Violencia y redes sociales de una hinchada*. Buenos Aires, Prometeo.

———— (2011), *Nosotros nos peleamos. Violencia e identidad de una hinchada de fútbol*. Buenos Aires, Prometeo.

Gil, G. (2004), *Hinchas en tránsito. Violencia, memoria e identidad de una hinchada de un club del interior*. Tesis de doctorado, mimeo. Argentina, Universidad Nacional de Misiones/Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales.

Giulianotti, R. (1993), “Soccer casuals as culturali” en Steve, R. (ed.), *The Passion and the Fashion. Football Fandom in the New Europe*. Aldershot, Avebury.

———— (1994), “Social identity and public order: political and academic discourses on football violence” en Giulianotti, R. et al. (eds.), *Football, Violence and Social Identity*. Londres-Nueva York, Routledge.

———— (1999), *Football. A Sociology of the Global Game*. Cambridge, Polity Press.

Isla, A. y D. Míguez (2003), “De la violencia y sus modos. Introducción” y “Conclusiones: el Estado y la violencia urbana. Problemas de legitimidad y legalidad” en Isla, A. y D. Míguez, (comps.), *Heridas urbanas. Violencia delictiva y transformaciones sociales en los noventa*. Buenos Aires, Editorial de las Ciencias.

Izaguirre, I. (1998), “Presentación. Reflexiones sobre la violencia” en Izaguirre, I. (comp.), *Violencia social y derechos humanos*, Buenos Aires, Eudeba.

Izard, M. (1981), “A propósito de la identidad étnica” en Levi-Struss, C. (comp.), *La identidad*. Madrid, Petrel.

Jardim, D. F. (1993), “Performances, reprodução e produção dos corpos masculinos” en Fachel, O. (org.), *Corpo e significado. Ensaio de Antropologia Social*. Puerto Alegre, Editora da Universidade Federal do Rio Grande do Sul.

Jimeno, M. (2005), “Narrando la violencia. Relatos de pasión y muerte” en *Anuario de Estudios en Antropología Social*. Año 1, núm. 1.

Kessler, G. (2002), “De proveedores, amigos vecinos y ‘barderós’: acerca del trabajo, delito y sociabilidad en jóvenes del gran Buenos Aires” en Becaria, L. (comp.), *Sociedad y sociabilidad en la Argentina de los 90*. Buenos Aires, Biblos.

———— (2004), *Sociología del delito amateur*. Buenos Aires, Paidós.

Lomnitz, L. (1975), *Cómo sobreviven los marginados*. México, Siglo XXI.

Moreira, V. (2005), “Trofeos de guerra y hombres de honor” en Alabarces, P. *et al.*, *Hinchadas*. Buenos Aires, Prometeo.

Riches, D. (1988), *El fenómeno de la violencia*. Madrid, Ediciones Pirámide.

Rifiotis, T. (1997), “Nos campos da violência: diferencia e positividade” en *Antropologia em Primeira Mão*. Núm. 19.

———— (1998), “Violência e cultura no projecto de René Girard” en *Antropologia em Primeira Mão*. Núm. 30.

Wacquant, L. (2004), *Entre las cuerdas. Cuadernos de un aprendiz de boxeador*. Madrid, Alianza.